

sueña en el hijo un auténtico varón con arrogancia y poderío, de inequívoca virilidad. En el mismo poema de Chamizo dice la esposa a Celipillo:

qu'el corazón me ice que es un macho
lo que voy a dalte...

Un macho mu jorzúo con agallas,
con genio, con reaño, con coraje.

Y ella sabe que así, describiendo así al futuro hijo, halaga al varón que va a ser su padre. Que la ternura de este varón se alumbrará con sola la evocación del futuro mozo. Y, en efecto, el poeta anota:

Paece que ya no gruñes, Celipillo,
paece que ya t'atrevés a mirarme
y me jaces cosquillas con las barbas
de tanto como quieres arrimate...

Pero no es solo por halagar a la varonía triunfante del esposo. Es que la mujer extremeña ama también a la varonía llena de señorio, y sueña en el hijo al mozo enérgico y arrogante apto para todos los triunfos varoniles... En el poema «El chiriveje», la madre piropea así al hijo que está amamantando;

Lucero, pan y condío,
espiguina de carne de mis eras,
suerbe p'adrento remetiendo juncias,
larga chupones atizando yesca,
pa que aluego, cuando mozo,
naide te moje la oreja

d) *La ternura ante la madre.*—El varón extremeño guarda una honda y también enterrada y pudorosa ternura para la madre... No es solo ante la «viejina» ya torpe y débil en el ocaso avanzado de la senectud, para quien el hijo maduro tiene recatadas o expresas manifestaciones de amor tierno y de cuidados delicadísimos sino ante la madre, aun no vieja, con quien el mozo suele tener diálogos sutiles transidos de perfumes de deliquios. Recordemos las viejas escenas de los quintos extremeños que salían de la despedida con la madre, en una habitación oculta de la casa, limpiándose una lágrima vergonzante, para irse con los que le esperan a cantar y reír. ¿Es que ese mozo que iba a ser soldado rehuía el servicio militar o manifestaba con esas lágrimas su temor a la guerra? Eso sería no querer ver que el pueblo extremeño es pueblo de esforzados y de fundadores y que por hombría, aunque no sea más que por hombría, ama la aventura, la guerra, la caza y la colonización. No. Es que su ternura por la madre hacía a veces tambalear su fuerte sentimiento de la masculinidad. Y ello es lo que le hacía como huir de esas escenas de ternura.

ALMENDRALEJO

A mi amigo Alfonso Iglesias Infante.

Almendralejo... Espronceda,
Carolina Coronado...
¡Qué bien suenan los tres nombres,
cómo calientan los labios!
Almendralejo ha parido
con dos quimeras dos astros
y corre su nombre el mundo
gentilmente decorado.

Lleva en la frente Espronceda
corceles desenfrenados
que huellan como los besos,
y alumbran como relámpagos.

Carolina lleva un trono
de palmeras en las manos,
una azucena en el pecho
y entre los ojos un nardo.
Cuando aflora su sonrisa
hiere un pecho y nace un santo...

Carolina ve a Espronceda
y le teme como al diablo,
porque le ha visto en los ojos
los delirios del pecado.
Espronceda la sonríe
para darle sobresalto;
se le acerca lentamente
con amores en los labios,
y al mirarla temblorosa
le da un beso en cada mano.

Carolina ha sonreído...
Carolina está llorando;
pero él siente pecho adentro
las dos llagas del milagro,
y con los filos candentes

de la sonrisa y el llanto
le cercenó la cabeza
en sus ojos a los diablos.

Carolina y Espronceda
ya se quieren como hermanos.
Ella alondra de la vida
por la vida va cantando
sus romanzas como besos,
sus amores como salmos.
El, con trinos que desgarran,
en un vuelo tenso y alto
va llenando de armonías
infinitas los espacios,
y encendiendo corazones
con el suyo desgarrado.

Cada cual lleva un camino
que florece con sus pasos.
Se saludan desde lejos
cuando no alcanzan las manos,
con el alma de sus trovas
que son besos sin pecado.

Ya están cerca para siempre
con los sueños soleados
de sus bronces, que se tuestan
del amor en el milagro,
porque quiso Almendralejo
para honor suyo juntarlos.

El ¡para ella! piensa un verso
luminoso y perfumado...

Carolina saca flores
de su pecho con los labios;
y en la brisa se las manda
frescas, puras, como salmos!...

Y los dos, cuando la noche
deja el parque solitario,
en la frente de su pueblo
trenzan astros!...

MANUEL DELGADO FERNANDEZ



Voces y expresiones viciosas

Debalir

No cejaremos en nuestro propósito de irle a la mano a cuantos gabachos andan sueltos por esos mun-

dos de la letra impresa.

Vengan acá vuestas mercedes. No frunzan el ceño, ni tuerzan el gesto, ni mascullen por lo bajo palabras de mal gusto. Vamos a ver si nos entendemos, que hablando se entiende la gente. ¿Por qué dicen o escriben Vds. «nos debatíamos en un mar de incertidumbres», o bien «se debatían por alcanzar la meta de sus aspiraciones»? Porque, como dice Baroja — que por ser vasco, padece *bascas* contra el lenguaje y anda siempre a trompicones con él — cada uno habla y escribe como le da la gana, con tal de darse a entender a los demás, o porque se os ha pegado este contagiosísimo galicismo al sólo tener en vuestras manos libros forasteros pésima y detestablemente traducidos del francés a nuestro idioma. Fíjense Vds. bien; del francés, pues pocas veces se atreven a verterlos directamente de su lengua original, y solo cuando han sido puestos en la de Rabelais, Racine y Molière se enfrentan con ellos.

¿Hablan Vds. así porque no saben hablar de otro modo? ¿A sabiendas de que gabachean y galiparlean? ¿Por ceder a los imperativos de la moda, que no siempre está de acuerdo con el buen gusto? ¿Por libérrima decisión de la voluntad? ¡Cáspita!, que el objeto de la voluntad es el bien).

¡Oh, santa ignorancia! Si son parejas la ignorancia y la santidad, ganaréis el cielo, pero nos tememos que no seáis tales ignorantes, tales desconocedores de la verdad lingüística, sino simplemente héroes de la rebeldía, y del irracionalismo, tan en boga a la sazón; ciegos cultivadores del mal hábito. Escribís así, habláis así, porque cada uno hace de su capa un sayo, y la lengua, la pobre lengua, que pusieron en el pavés de la gloria Cervantes y los dos Luises, y nuestro paisano, al parecer, fray Juan de los Angeles, no es para vosotros más que una capa contra la que esgrímís las tijerazas del desenfado y de la incontinencia.

La verdad es que con el verbo debatir, como observa muy juiciosamente el padre Mir y Noguera, pocas veces toparéis en los libros clásicos. Con altercar, contender, disputar, combatir, guerrear, discutir, ventilar, porfiar, defender, batallar, pelear, reñir, resistir, repugnar, luchar, lidiar, litigar, digladiar, sí. Pero lo que no encontraréis ni en clásicos, ni en modernos que se precien del bien decir, es el verbo debatir en forma reflexiva. ¿Por qué? Sencillamente por-